



**Más allá de la participación en política:
la implicación en la vida pública, según Marina Garcés**
(Beyond participation in politics:
involvement in public life, according to Marina Garcés)

Jolanta Sawicka¹

Resumen:

La filósofa catalana Marina Garcés está llevando a cabo en las últimas décadas un peculiar acercamiento al fenómeno de la participación en política desde posiciones muy críticas con el sistema establecido; probablemente, el interés de su reflexión teórica reside en la aportación que hace de un elemento personal de activismo comprometido conjugado con el análisis académico de esta cuestión. En este artículo diseccionamos los matices con los que Marina Garcés entiende que la participación ciudadana en los cauces institucionales democráticos no basta para desarrollar el significado de la política (y con él, el sentido de la propia existencia, que los ciudadanos deben re-apropiarse, para tomar la capacidad de decidir por sí mismos). Más allá de la participación, que oculta una consideración pasiva del votante como un mero elector entre las ofertas disponibles en el mercado del voto (gracias a la equiparación entre capitalismo y democracia, entre mercado y política), Garcés perfila la necesidad de una implicación activa, de un compromiso cuya base se encuentra en la consideración del bien común como un proyecto de transformación solidaria en el que estamos obligados a poner toda la capacidad de conocimiento, de afecto y de imaginación para transformar las relaciones entre los seres humanos sirviéndonos del poderoso instrumento que es la educación.

Palabras clave:

Participación, post-política.

En este artículo se utiliza, con frecuencia, el procedimiento de la separación de palabras a través de un guion para focalizar el valor etimológico de las palabras y poner así de manifiesto el nuevo significado que adquiere un término; este procedimiento es utilizado en algunos casos por la propia Marina Garcés, por ejemplo, en “re-apropiarse”.

¹ Jolanta Sawicka. CLEST, Centre of Legal Education and Social Theory. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9557-0318> Email: jola.sawicka7@gmail.com



Abstract:

In recent decades, the Catalan philosopher Marina Garcés has been carrying out a peculiar approach to the phenomenon of political participation from a position that is very critical of the established system; probably, the interest of her theoretical reflection lies in the contribution she makes of a personal element of committed activism combined with the academic analysis of this issue. In this article I dissect the nuances with which Marina Garcés understands that citizen participation in democratic institutional avenues is not enough to develop the meaning of politics (and with it, the meaning of one's own existence, which citizens must re-appropriate in order to take the capacity to decide for themselves). Beyond participation, which hides a passive consideration of the voter as a mere elector among the offers available in the voting market (thanks to the equation between capitalism and democracy, between market and politics), Garcés outlines the need for active involvement, for a commitment based on the consideration of the common good as a project of solidarity transformation in which we are obliged to put all our capacity for knowledge, affection and imagination to transform relations between human beings by using the powerful instrument that is education.

Keywords:

Participation, post-politics.

TABLE OF CONTENTS

1. Marina Garcés, filósofa en su biografía.....	172
2. Punto de partida: la política analizada desde la filosofía práctica	174
3. Más allá de los límites de lo posible	175
4. Los nuevos protagonistas de la política.....	177
5. La conquista de la propia existencia	178
6. Política y educación	180
7. Existencias privatizadas.....	181
8. El compromiso	184
9. Una respuesta contemporánea.....	188
10. Conclusiones.....	191
Referencias.....	192

1. MARINA GARCÉS, FILÓSOFA EN SU BIOGRAFÍA

Antes de adentrarnos en el análisis del pensamiento filosófico-político de Marina Garcés (Barcelona, 1973), nos gustaría hacer una referencia al momento y al lugar que marcan la evolución y el desarrollo de la teorización que esta pensadora lleva a cabo, claramente vinculada a su ciudad de nacimiento y a la época en que comienza su relación no solo con los movimientos ciudadanos que marcarán el devenir ideológico de sus planteamientos (como puede rastrearse en *Ciudad Princesa* [Garcés 2018], cuya vivencia básica es la ciudad de Barcelona), sino también el período de convulsiones y conflictos democráticos que en ella ha podido vivir.

En los años de formación de Marina Garcés, la ciudad de Barcelona se transformó en la ciudad-marca, cosmopolita, turística, que representa un icono mundial de reclamo para turistas que han invadido sus monumentos, calles, plazas, centros comerciales y playas hasta hacerla inhabitable para sus propios habitantes, dados los problemas que ha provocado en el mercado inmobiliario. Esta situación, a su vez, ha generado un amplio movimiento de rechazo (*turismofobia* ha sido denominado) y de *okupación* (hasta el punto de que Garcés cifra su iniciación como filósofa en la toma de conciencia que le supuso la participación en la asamblea celebrada en el desaparecido Cine Princesa en que como una epifanía se le revela [y se le rebela] la necesidad de integrarse, incorporarse, poner el cuerpo, sumarse a las protestas reivindicativas de ocupación y de recuperación de los espacios urbanos que estaban siendo paulatinamente usurpados al movimiento ciudadano).

La transformación de la ciudad obedecía a un proyecto impulsado por el entonces alcalde de Barcelona Pasqual Maragall, quien contó con un equipo del que formaba parte la madre de la filósofa. El posicionamiento crítico de Garcés con los resultados y efectos no deseados de aquel plan de modernización y mercantilización de la capital catalana no deja de ser paradójico, puesto que aun reconociendo el espíritu positivo que supuso aquel impulso democratizador y participativo de la ciudad, tiene que reconocer que sus resultados han sido demoleedores para los objetivos inicialmente propuestos. Aquella Barcelona olímpica de 1992 está en la base de los desarrollos teóricos que Marina Garcés hace sobre la participación política en movimientos alternativos, juveniles, contestatarios (la *polis* como base de la acción y la reflexión políticas), sin olvidar que el enclave geográfico en el que ella misma desarrolla su actividad académica y su reflexión se vio (y se ve todavía hoy, aunque con menos fuerza) envuelto en un amplio proceso de reivindicación de la independencia para Cataluña, su hipotética separación de España y su creación como Estado autónomo y soberano respaldado por una mayoría de ciudadanos en caso de que emitiesen su voto favorable en un referéndum convocado al efecto.

En paralelo a estas dos circunstancias geográfico-histórico-vitales, se van a producir otros dos fenómenos (uno económico y otro sociopolítico) que estarán presentes en la trayectoria filosófica de Marina Garcés y que afectan colateralmente al tema que tratamos en este artículo, a saber:

1. el “estallido de la burbuja inmobiliaria” que afectó, desde 2007 y con especial virulencia desde 2011 a todas las economías occidentales: esta situación llevó consigo el resurgimiento de plataformas antidesahucio y la revitalización de los movimientos

okupas, que hicieron visible el malestar juvenil, obrero y urbano ante la ausencia de viviendas y su encarecimiento (agravado por el modelo de ciudad turística que adoptó Barcelona, con la aparición del fenómeno conocido como “gentrificación” y más tarde con la turismofobia, de la que Garcés se hace eco en su obra como una defensa natural y lógica por parte de los habitantes de las grandes ciudades, desalojados –física y metafóricamente– de sus entornos tradicionales, desde el mercado hasta los bares de toda la vida), y

2. en el plano español, la cristalización de las protestas de miles de personas atacadas por el sistema económico que hizo desaparecer su seguridad en el futuro, en un movimiento de acampadas callejeras conocido como el 15M, cuya teorización había sido realizada por autores como Hessel (2011), en su libro *Indignaos*. En la edición española de este panfleto o libelo, el economista José Luis Sampedro (2011, 10) interpelaba a los lectores:

[D]e la indignación nace la voluntad de compromiso con la historia. De la indignación nació la Resistencia contra el nazismo y de la indignación tiene que salir hoy la resistencia contra la dictadura de los mercados.

Aquel movimiento ciudadano intergeneracional de hace apenas una década (germen de la posterior renovación de la izquierda política española a través del partido Podemos y de sucesivas réplicas regionales como la de los *Comuns*, a los que ideológicamente se siente tan cercana nuestra autora) tuvo como lema más significativo el “No nos representan” que podría considerarse el primer paso de la tesis post-política que nos proponemos analizar en este artículo. En relación con este proceso de protesta popular, hemos de mencionar un hecho biográfico-intelectual que marcará a Marina Garcés como abanderada de este caldo de cultivo que se estaba produciendo en Cataluña y en toda España, a saber: la aparición de su libro *Nueva Ilustración Radical* (Garcés 2017) como opúsculo que compendia muchas de las ilusiones y proyectos de este magma de inquietudes colectivas. Esta obra da una proyección a Marina Garcés, quien hasta ese momento había ocupado un discreto segundo plano en la vida cultural y en la política local barcelonesa gracias a su vinculación y compromiso con el activismo que representaba su participación en *Espai en blanc*, una nueva forma de pensar en voz alta, de debatir en común. Su activismo sociocultural y político parte de una doble premisa que pretendemos abordar en las próximas páginas:

- por una parte, es preciso superar los límites que impone la democracia representativa en cuanto se basa en la pasividad del actor político, el ciudadano; y
- por otra parte, la única forma de alcanzar un verdadero estado (estatus) y Estado democrático(s) es ir más allá de esa mera participación (por ejemplo, en los procesos electorales) para dar una respuesta comprometida, en la que el ser humano es interpelado por completo, donde tiene que llegar a sobrepasar su propia identidad individual para acercarse, fenomenológicamente, al Otro (con todo lo que ello plantea como reto):

Ser fiel a la experiencia del nosotros que está en la base de nuestro mundo no es proyectarse en una identidad trascendente ni un acuerdo comunicativo trascendental, sino saberse y experimentarse implicado en el nudo de relaciones de una misma situación. Habitar co-implicadamente la equivocidad de los hechos. Retomar el mundo para recrear su sentido. Es un proceso sin teleología. Ambiguo

y equívoco porque su mirada no es la del pensamiento de sobrevuelo que tanto disgustó siempre a Merleau-Ponty. (Garcés 2015, 174)

De ahí que un acercamiento a las propuestas de Marina Garcés pueda resultar una forma de ampliar las perspectivas y puntos de vista intuitivos o adánicos sobre el papel actual que ocupa la vida pública en sociedades tecnológicamente complejas y en constante mutación, por varios motivos que podríamos resumir en:

- a) la formación teórica que como académica tiene nuestra autora;
- b) el interés que ha mostrado por el análisis de los límites con que actúa el conocimiento humano;
- c) su implicación en iniciativas cívicas orientadas a indagar en nuevas formas de participación ciudadana, que mezclan la estética, la educación, el debate y la protesta; y
- d) la atención que presta, al mismo tiempo al arte y a la educación como elementos íntimamente relacionados con la actuación política, como signos de sociabilidad.

Por estas razones, hemos creído conveniente profundizar en el pensamiento político de Marina Garcés, centrándonos en la crítica que hace al sistema de re-presentación de partidos para ir un paso más allá y diagnosticar cómo se debería articular una acción política no mediada por los intereses de grupos de presión.

2. PUNTO DE PARTIDA: LA POLÍTICA ANALIZADA DESDE LA FILOSOFÍA PRÁCTICA

Desde los estrechos márgenes de la participación política acotada por el modelo de partidos, la reflexión teórico-práctica de Garcés supone una forma diferente de abordar el hecho político en una era dirigida por las redes sociales; no olvidemos que estas, con su capacidad de movilización sectorial, desagregada por grupos objetivos a los que se dirigen determinados mensajes (entre los que se cuentan los bulos o *fake news*), acaban por ratificar las creencias de partida que cada uno tenía. Ante este fenómeno, es preciso plantearse qué otros ámbitos y espacios pueden trascender y sobrepasar los límites de la práctica política en la época actual.

No debemos olvidar que este post-pensamiento o reflexión garcesiana surge no solo de un profundo conocimiento de la historia de la filosofía (como muestra su recopilación de artículos de reflexión e investigación, *Filosofía inacabada*), sino también de una participación activa en diferentes movimientos sociales y asociativos, vecinales, de protesta, que han convertido a Marina Garcés en un icono representativo de esta nueva forma de entender la política. A ello se suma el hecho de que su desarrollo se produzca en paralelo a una serie de movimientos político-sociales que han tenido lugar en Europa y en todo el mundo durante las últimas décadas, simbolizados en las acampadas del 15M que se produjeron como una réplica a lo que en países como Túnez, Egipto, Siria... se denominó la “primavera árabe” y que aglutinaban protestas ciudadanas surgidas de la crisis económica que las sociedades occidentales vivieron tras la crisis bursátil provocada por el hundimiento de Lehman Brothers, que en el caso español tuvo consecuencias socioeconómicas por el

estallido de la burbuja inmobiliaria, estudiado en su ensayo *Todo lo que era sólido* por Antonio Muñoz Molina (2016).

La base fundamental o el punto de partida de la visión política garcesiana estaba ya enunciado en algunos de los lemas que utilizaron los manifestantes en las protestas contra el sistema de representación partidista, especialmente en el ya mencionado “No nos representan”, que señalaba las deficiencias del modelo de elección política con el que se identifica la democracia parlamentaria representativa y que, sin dar una alternativa a dicho modelo, apuntaba a unas opciones que el propio sistema niega. La elaboración de una teoría post-política por parte de Garcés surge, por tanto, como el reflejo de esas tendencias marginales de oposición y resistencia ante el poder político con las que la pensadora se identifica a lo largo de su obra: desde los movimientos okupa hasta el indigenismo, pasando por actuaciones performativas anticapitalistas llevadas a cabo desde *Espai en blanc* como la campaña de “Dinero gratis” o su cercanía a las plataformas antidesahucio y sus críticas al sistema académico en el que ella misma desarrolla su trabajo como profesora (por ejemplo, dirigiendo en estos últimos años el Máster sobre Retos de Participación Ciudadana). No obstante, no podemos olvidar el caudal de lecturas académicas que han acercado a Garcés a la obra y al pensamiento de autores como Deleuze, Derrida,² Rancière, Merleau-Ponty, Hanna Arendt, con los que manifiesta no solo admiración sino también cercanía e incluso complicidad.

3. MÁS ALLÁ DE LOS LÍMITES DE LO POSIBLE

El interés que Marina Garcés ha mostrado por codificar una teoría de los límites de lo posible (desarrollada en su libro *En las prisiones de lo posible*, extracto de la que fuera su tesis doctoral) se encuentra en el origen de todas estas reflexiones, no solo sobre el hecho y las circunstancias políticas “reales” sino también sobre sus opciones y alternativas, que se enuncian como fórmulas liberadoras y perspectivas novedosas para huir de la rutina y de lo previsible. Por este motivo, la post-política desde la que Marina Garcés va desarrollando su análisis crítico de la sociedad contemporánea es la búsqueda de lo que hay más allá de las formas de participación política. En las sociedades democráticas occidentales, el sistema de representación institucional pone a nuestro alcance unos cauces y unos límites infranqueables para dicha participación. Por ello, Marina Garcés parte de una negación de la participación entendida como la mayor evidencia del sistema democrático, pues para ella la mera participación no es un valor, sino que precisamente es la base de la desmovilización, de la pasividad y del inmovilismo social: “Participar es no implicarse. Esta es la base sobre la que está organizado el sistema de representación política” (Garcés 2013c, 52).

Aunque podríamos detenernos en las consecuencias de una paradójica negación del sistema político representativo, resulta más interesante entender cómo el planteamiento garcesiano no deja de ser una transgresión de los límites en los que se mueve la democracia parlamentaria y el juego de los partidos políticos, que en su variedad y multiplicidad nos hacen creer que ofrecen todas las opciones posibles y, sobre todo, se adaptan plenamente a la lógica del mercado capitalista en la que el ciudadano se convierte en mero espectador, en un comprador de productos en oferta que mediante su elección (al igual que con su

² “[E]l pensamiento político de Derrida se alinearía con el de todos esos pensadores políticos posfundacionales que denuncian el fracaso de las democracias representativas” (Llevadot 2018, 64).

voto) muestra sus preferencias, sin que haya más opciones que las que se le ofrecen en la extensa estantería del supermercado, en la aplicación de compras por Internet que utilice o en el casillero de partidos en los que delegar el voto.

Si la democracia ha optado por la conversión del ciudadano en un ser pasivo, debería ser posible darle la vuelta al sistema de representación política e imaginar otros escenarios posibles de participación ciudadana para la toma de decisiones en común, y esto concuerda perfectamente con otro de los lemas (“otro mundo es posible”) que adoptó el movimiento antiglobalización que, en nuestra opinión, está en la base del pensamiento garcesiano, abierto a todas las formas posibles (y aún las no posibles) de localización, de acercamiento a los espacios cotidianos, representados de forma muy significativa por la ciudad, que en el fondo es el ámbito en el que surgió la democracia.

Las críticas de Marina Garcés a los sistemas de representación política (en consonancia con el pensamiento posfundacional) van más allá de la propia configuración de los partidos y de sus mecanismos de elección, (con)centrándose en el concepto de participación, que para ella resulta insuficiente por no permitir que todas las voces de todos los ciudadanos sean tenidas en cuenta³, y especialmente porque acaban por convertir a los agentes políticos en meros receptores pasivos de la inmensa oferta ideológica que puede albergar cualquier sociedad, pero sin facilitarles la posibilidad y la capacidad de organizarse como entidades significativas. El concepto al que recurrirá Marina Garcés para dar ese salto y trascender lo político, rompiendo las limitaciones en las que se encuentra aprisionada la política, es el “nosotros”, al que Garcés trata de definir más bien por lo que no es (no es una suma o acumulación de individuos y entidades independientes).⁴ De este modo (dinámico), la política –en opinión de Garcés– se convierte en un proceso que atañe a quienes se incorporan a él, por lo que no basta con la mera participación, sino que consiste en una implicación, que es tanto como decir en la co-responsabilización a la hora de adoptar decisiones y asumir sus consecuencias, ser y sentirse afectado por la marcha de la comunidad, del colectivo, del grupo al que se pertenece.

Es obvio que el pensamiento de Marina Garcés está muy vinculado con planteamientos colectivistas y comunitaristas que priorizan la acción grupal y que tratan de sobrepasar y dejar atrás no solo el personalismo y el individualismo a la hora de adoptar decisiones que afectan a la colectividad, sino que ignoran la especificidad personal de los miembros o componentes de una sociedad, por lo que esta perspectiva individual no va a ser nunca el criterio con el que Garcés examine los comportamientos políticos, optando más bien por una especie de mística grupal en la que ella misma se diluye, proponiendo la indiferencia, la disolución de la propia persona en el movimiento de masas, incluso cuando en su autobiografía intelectual, en la que explica su aproximación vital a la filosofía como profesión y como opción ética, *Ciudad Princesa*, narra determinados hitos reivindicativos en los que participó en primera persona en clave de acontecimientos vitales experimentados con otros componentes de su generación, lo que acaba convirtiendo el relato explicativo de su propia esencia como militante combativa en una serie de luchas cívicas, en un intento de retrato grupal en el que las señas de identidad muestran una

³ En esta línea, podríamos apuntar hacia el provocativo axioma de Jacques Derrida cuando señala los límites imperfectos de una democracia inmunda (Llevarot 2018, 59-75).

⁴ Garcés se niega a equiparar política y aritmética en consonancia con otra de las ideas posfundacionales de uno de sus “maestros” o referencias: Jacques Rancière propone una igualdad “que parte de una concepción de la comunidad como recuerdo de las partes (*le compte des parties*) que siempre resulta ser una falsa cuenta o, mejor, una cuenta errónea (*mécompte*)” (Bassas 2019, 72).

generación desencantada de la política tradicional, de partidos, entendida como una lucha de poder y por el poder que no depende de los intereses generales y colectivos, sino de afanes individuales o pretensiones minoritarias.

4. LOS NUEVOS PROTAGONISTAS DE LA POLÍTICA

Para ser capaces de entender el fenómeno político en su esencia, Garcés recurre a la idea del *acontecimiento* como una excepcionalidad fundacional, capaz de reconducir el curso de la historia; con la vista puesta en un momento (o acontecimiento) mítico, como pudo ser Mayo del 68, entendemos que para cada país hay un hecho generacional que en la(s) última(s) década(s) ha supuesto un toque de atención sobre lo que significa gobernar. En esencia, se trata de una sacudida en la conciencia colectiva, una sublevación o protesta ciudadana que afecta y con-mueve a una gran parte de la sociedad, más allá de la edad o ideología de los manifestantes, que parecen actuar movidos por una fuerza superior a ellos; tenemos casos recientes en España, donde este acontecimiento pudieron ser las acampadas del 15M, del mismo modo que en Polonia podríamos referirnos a las protestas feministas de 2020 o en Chile lo fueron las huelgas estudiantiles de 2019 a las que se refiere Benjamín Labatut (2021, 24) con estas palabras:

una gigantesca erupción de ira social dejó al país de rodillas. Fue un cataclismo que nos golpeó con una violencia tan súbita que cuando mis compatriotas y yo mirábamos a nuestro alrededor éramos incapaces de reconocernos,

sin olvidar las manifestaciones de la dispar “primavera árabe” que generaron tantas esperanzas frustradas en una gran parte del mundo por cuanto contenían de promesa democratizadora capaz de intervenir en (y transformar) sistemas teocráticos y anacrónicos.

No cabe duda de que la política tiene un componente de imprevisibilidad y de atracción debido a la confluencia de sus dos facetas: la social (colectiva, comunitaria) y la individual; esta confluencia genera las tensiones entre el individuo y la masa, el líder y sus tentaciones y tentativas populistas o directamente dictatoriales de imposición;⁵ el estudio de los sujetos políticos requiere, por parte del investigador, de una cierta afinidad y, por supuesto, compromiso e implicación en los fenómenos que son objeto de su estudio, de su atención y de su interés, y en el caso que nos ocupa, la teorización del hecho político que desarrolla Marina Garcés tiene al *nosotros* como centro de sus preocupaciones, de ahí que debamos detenemos en esa consideración de que “(e)l nosotros no es un ámbito de lo social, es una experiencia que transforma lo social. Es un proceso de subjetivación y de politización que implica inscribirse en el mundo desde la co-implicación” (2006, 2).

En esta declaración de principios se observa que la triada individuo-sociedad-política (con esa reminiscencia hegeliana que tiende a la superación a través de la dialéctica de la contraposición) apunta hacia la necesidad de ayuda mutua sintiéndose afectado por las

⁵ Esta línea argumental puede provenir también del pensamiento de Rancière, para quien “la emancipación es asumir las tensiones irresueltas entre la tentativa de vivir desde la igualdad en un marco de desigualdad” (Bassas 2019, 67).

situaciones ajenas y sabiendo que será la comunidad quien nos ayude y socorra en caso de ser necesario.

La aparición de este nuevo actor de la acción social, el “nosotros” garcesiano, no deja de estar teñido de utopismo y bonhomía, pero no por ello peca de ingenuidad y adanismo, al tratarse de una propuesta en la que, como tantas veces ha referido la pensadora catalana, no basta con asumir teórica o intelectualmente el reto, sino que el individuo debe poner el cuerpo, actuar con todo el convencimiento, en cuerpo y alma (implicándose), no en una teoría o en una quimera, sino en un proyecto de compromiso mutuo, de interacción constante con el resto de miembros de la comunidad, para la que ya no sirve el concepto de política representativa.

Para trascender la política en un concepto ético como el del compromiso cívico, es preciso que el ciudadano renuncie a su condición individual, a los privilegios que la burguesía ha conquistado sin importar el coste social o comunitario que ello conlleva. Este enfoque contiene unas reminiscencias religiosas, utópicas, en cuanto recuperan una vertiente no cuantitativa de la sociedad como una suma de individuos, sino como un proceso de transformación que se refleja progresiva y alternamente entre los miembros del grupo y el mismo grupo: no deja de ser curioso que para referirse al proceso de transformación y de conformación del “nosotros”, Garcés haya recurrido a un término como “experiencia”, para eludir la explicación teórica de lo que vivencialmente puede ser objeto de análisis, pero cuya realidad (como la mística) trasciende la propia interpretación y análisis de los hechos.

Tal vez la explicación sea que recuperar el sentido corporal y la perspectiva común de la política para superarla es una estrategia de acercamiento a la vida real y cotidiana de un fenómeno que se ha sacralizado, en el sentido de que se ha alejado de los ciudadanos comunes y corrientes: no deja de ser significativo el nombre que adoptaron los jóvenes y no tan jóvenes utópicos que, encabezados por Ada Colau, se convirtieron en un factor de renovación de la vida pública barcelonesa en la pasada década, alcanzando la Alcaldía de Barcelona como el grupo de los Comuns.

Reapropiarse la vida (un término al que Marina Garcés es tan aficionada) es también reapropiarse la política, tomar las riendas de las decisiones que, en su opinión, se nos han hurtado de forma sistemática en nombre de la alta política, de las decisiones de Estado, de la necesidad de que los dirigentes políticos pertenezcan a un selecto grupo (una élite o una secta, según se quiera entender) de especialistas, técnicos y expertos bien formados que solo en determinados momentos (campañas electorales especialmente) se presentan como ciudadanos “normales”, se quitan el traje (y la corbata) pero a quienes en todo momento el lenguaje los traiciona pues no dejan de utilizar la tercera persona del plural para dar consejos a la ciudadanía: “Los ciudadanos tienen que...”, “los españoles (o los polacos) saben que...”, “es necesario que todos se sacrifiquen...”.

5. LA CONQUISTA DE LA PROPIA EXISTENCIA

Son escasas las aportaciones que, hasta este momento, hayan estudiado la obra de Marina Garcés como un conjunto sistemático y completo, armónico de un aparato de ideas que se van desarrollando y completando de forma coherente y ordenada; es el caso de Bertrand

Castany Pardo, quien ha subrayado la importancia que nuestra autora concede a la acción directa (por las evidentes resonancias anarquistas que esta idea llega a tener) para poder cumplir el objetivo de transformar las bases y los fundamentos de la política tal como la entendemos en un sistema de representación parlamentaria. Si hemos de atender a Castany (2020, 113), en su extenso análisis de las múltiples vertientes en que se ha desarrollado hasta el momento la obra filosófica de Marina Garcés, queda meridianamente claro que “para Garcés, la refundación del sujeto político pasa: (1) por luchar contra la privatización de la existencia; (2) por politizar la intimidad; (3) y por ejercitar la participación directa en la vida política”.

El encadenamiento de estos tres pasos para esa propuesta de re-fundación, a la que preferimos llamar trans-cendencia, abre en cada caso una relación con ese mundo en común, compartido, el “nosotros” que no delega ni permite que otros tomen las decisiones que pertenecen al pueblo, a la comunidad, en definitiva, a ellos mismos; si profundizamos en cada uno de los aspectos que Castany perfila para referirse al concepto de post-política garcesiana que aquí venimos analizando, comprobaremos que el mayor problema al que nos enfrentamos en la práctica actualmente para alcanzar esa política activa y participativa que propugna Marina Garcés es el hecho de que los individuos figuran y figuramos como entes atomizados, alejados y despegados unos de otros, sin capacidad para superar el egoísmo acomodaticio de una sociedad que ha alcanzado unos altos niveles de autosatisfacción que le impiden aspirar a algo más que la ración cotidiana de pan y circo que los medios de comunicación nos ofrecen en una cultura del espectáculo diseñada para adormecer y para adocenar a los espectadores-consumidores en que nos hemos acabado convirtiendo.

Replantarse ese papel pasivo de espectador que se encuentra sin opciones para alterar el sentido de las decisiones que se toman sin previa consulta a la ciudadanía es el estadio lógico al que puede llegar una sociedad de consumidores que adquieren consciencia de la importancia de sus decisiones cotidianas a la hora de comprar ciertos productos (y por tanto financiar determinadas empresas) o boicotear aquellos que no cumplen con los requisitos éticos de producción y de respeto medioambiental, por ejemplo, lo que incluiría un nuevo parámetro de las consideraciones de lo político. Aunque no sea este el objetivo central de este artículo, no podemos pasar por alto las implicaciones que para el desarrollo de determinadas industrias (por ejemplo, la alimenticia, la farmacéutica, la armamentística y/o la de la moda) tendría este “empoderamiento” ciudadano, a través de la consciencia crítica, a la hora de orientar los modelos de producción y las decisiones económicas. Pero no olvidemos que en este repaso por las propuestas de acción política presentes en la obra filosófica hasta ahora publicada por Marina Garcés se vislumbra un horizonte “utópico” que podemos identificar con la post-política, con un sentido ciudadano de la participación que no se limita o restringe al voto, sino que afecta a la toma de conciencia, a la búsqueda (casi aristotélica) del bien común. Este programa de actuación afecta de manera directa al diseño de una educación que además de crítica y participativa incluye ese punto de vista plural que, trasladado a la política, permita disponer de ciudadanos plenos, conscientes de la importancia que sus decisiones políticas adquieren en la comunidad, en un grupo donde más allá de la consideración del papel de cada uno de sus integrantes se tiene en consideración que el grupo es un todo, que se trata de una especie de “nave del Estado” (por utilizar una imagen clásica en la filosofía política) en la que es imposible la salvación individual ya que el destino de todos sus componentes está indisolublemente unido.

6. POLÍTICA Y EDUCACIÓN

El interés que nuestra autora ha mostrado y demuestra por la educación está, a su vez, relacionado con el planteamiento vital y regenerativo que aplica a la actividad política, puesto que al igual que en esta, en la educación se materializa y se hace visible el centro de la filosofía garcesiana, a saber: cuáles son los límites (los contornos) a partir de los cuales no solo nos definimos, sino que muestran las opciones y alternativas que rechazamos y que consideramos inviables. En un texto firmado de forma conjunta por Garcés junto a Miño Puigercós, Neut y Passerón (2022, 6) se hacía explícita la equivalencia a la que nos hemos referido, al tiempo que se atribuye a una nueva forma de educar el carácter solidario que debe exhibir la comunidad educativa:

La emancipación educativa requiere ser pensada y experimentada como una forma de implicación o de co-creación del mundo, es decir, de construcción colectiva de los contornos de nuestra realidad.

De alguna manera, el mundo (en) común al que los escritos de Marina Garcés se refieren una y otra vez es una propuesta práctica de actuación en el que las alarmas medioambientales, por ejemplo, deberían surtir su efecto haciéndonos reconocer que es imposible disfrutar de un planeta deteriorado por la acción humana en beneficio de unos pocos; la interrelación (especialmente en el mundo globalizado en que vivimos) entre todas las comunidades (nacionales, ciudadanas, comarcales, asociativas, ideológicas, productoras, profesionales, etc.) es tal que resulta importante tomar decisiones parciales y pensar que sus consecuencias se van a dejar notar en otros grupos, pero sobre todo resulta especialmente interesante observar cómo los límites del mundo globalizado siguen impidiéndonos ver cuáles son las otras opciones, que se encuentran más allá del impuesto y establecido mundo de los hechos, qué podemos o qué podríamos hacer si las reglas de juego fueran otras, si las decisiones de los ciudadanos realmente dependieran de ellos y no vinieran impuestas (bajo la imagen de un juego democrático restringido al voto delegado en nuestros representantes políticos una vez cada cierto número de años y bajo la intensa presión de medios de comunicación interesados en presentar la realidad desde una única perspectiva, con un relato de los hechos cerrado e inalterable).

Las sociedades democráticas son aquellas que se asientan y construyen sobre la necesidad de dotarse de una educación que permita a los ciudadanos decidir a partir del conocimiento adquirido; el proceso educativo no está exento (como la política) de una acción grupal en la que las diferentes habilidades y capacidades de los participantes van abriendo nuevas vías de investigación y de cooperación mutuas, con el aliciente de que cada individuo puede ejercer la comprensión con una dosis de crítica y de innovación que permita transitar nuevos caminos, rompiendo los límites establecidos hasta ese momento por el estado de las investigaciones científicas previas.

La acción política y el conocimiento tienen –desde la perspectiva y en la narrativa asumida por Marina Garcés– una serie de características similares, no solo por el valor de la constatación práctica de sus efectos sino por la indagación de sus propios contornos, de aquello que no se sabe o no se puede saber, de lo que es impracticable o no constituye un fundamento de la acción política. Cuando Marina Garcés vincula estas dos realidades (conocimiento y política) a través de la educación y del pensamiento filosófico, podemos percibir cómo en ambas sigue estando presente la necesidad de aspirar a un mundo (en)

común y a perfilar cuáles son las fronteras o las barreras que impiden la expansión del conocimiento o la aplicación de otras soluciones y respuestas alternativas a las que se han decidido aplicar con anterioridad y en este proceso también está implicada la filosofía, esa capacidad de reflexión y de pensamiento que afecta a todos los seres humanos y que nos identifica porque las cuestiones que se someten a análisis y que resultan problemáticas nos conciernen y afectan por igual: “(P)ensar es dejarse implicar en problemas comunes, más allá y más acá de los límites de cada asunto particular” (Garcés 2022b, 85).

La base humanística sobre la que se desarrolla el discurso garcesiano está enriquecida por las diversas voces de los filósofos, especialmente contemporáneos (aunque no solo de ellos), a los que ha dedicado sus investigaciones y en diálogo con los cuales ha ido expandiendo su reflexión en un proceso en marcha (al que ella ha denominado *Filosofía inacabada*) que atiende a las sugerencias formuladas por autores a partir de los que despliega su pensamiento. Con respecto a la cuestión que aquí nos ocupa y en la que vamos a centrarnos, es evidente que la trayectoria de pensamiento seguida por Garcés tiene un recorrido paralelo al del filósofo Slavoj Žižek, con el que sintoniza en gran medida no solo por sus postulados teóricos (ceranos al post-marxismo) sino también por el análisis que ambos filósofos llevan a cabo sobre el papel que desempeñan los ciudadanos en la sociedad contemporánea, donde todo parece haber sido ya decretado y fijado, donde los estrictos límites de la participación vienen fijados por un sistema que se escapa del control y de las manos de cada uno de los individuos, puesto que los mecanismos tecnológicos existentes configuran una sociedad irremplazable, unos límites que no se pueden sobrepasar y unos conocimientos al alcance solo de quienes tienen el poder y la capacidad de decisión (por lo que el cambio de esta situación solo podrá realizarse a través de una educación en la que los ciudadanos sean capaces de determinar qué aspectos son dignos de su atención y conocimiento).

7. EXISTENCIAS PRIVATIZADAS

Frente al planeta globalizado, a la mundialización de la vida pública, donde la rapidez tecnológica de la información permite seguir al instante la marcha de supuestos acontecimientos (no siempre en el sentido que Marina Garcés otorga a esas revueltas y rebeliones populares que marcan un hecho extraordinario y único de solidaridad y sintonía en el compromiso); frente a esa globalización, decíamos, la realidad que subyace en este tiempo es que la existencia se ha privatizado, se ha llegado a un punto (en opinión de Marina Garcés) en que apenas hay sensaciones compartidas y comunes porque nuestra vida se ha reducido a un consumismo apático y mediocre, que en la privilegiada área occidental va de la dieta convencional (e insalubre) que ofrecen las grandes franquicias de alimentación mundiales (cafeterías, hamburgueserías, restaurantes de comida rápida...) al suministro de información previamente filtrada por los medios de comunicación que la presentan desde la óptica que más les conviene, pasando por el tipo de sueños vacacionales o las lecturas tipificadas como señales de pertenencia a la clase cultural capaz de acceder a los libros más vendidos (*best sellers*) para aparentar el dominio de un nivel de comprensión acorde con los estándares convencionales y esperados de ciudadanía.

Para referirse a este creciente fenómeno social que la incipiente sociología de Durkheim denominó, por ejemplo, “anomia”, Garcés (2017, 51) se refiere tanto a Robert Pfaller, creador del término “interpasividad”, como a Žižek que lo ha utilizado en su análisis de la

sociedad contemporánea: “La interpasividad es una forma de actividad delegada que oculta la propia pasividad”. Va a ser en este punto donde confluyan los rasgos de comportamiento político de la ciudadanía en la actualidad con su forma de relacionarse con los objetos y con los demás, a través de decisiones delegadas, de actuaciones mediadas, de pensamientos o hechos vicarios: basta con designar a un representante político, por ejemplo, para obtener la sensación de que he sido yo quien ha adoptado las decisiones políticas y he participado en el debate con mis propias ideas y argumentos del mismo modo que, sentado en el sofá de casa o en el asiento de un autobús (mientras voy conectada a través de la pantalla de mi teléfono a una plataforma digital), puedo experimentar la condición de superhéroe y aventurero a quien ocurren las aventuras más fantásticas que se puedan imaginar. Vivir vicariamente, por delegación o interposición, a través de las vidas, los hechos y las ideas de los demás, sin necesidad de exponerse, es la condición tanto de la política como de la cultura occidental: se reduce al máximo el riesgo y se asegura que cada uno es propietario de su propio terreno en el que cultivar la imaginación de que es propietario del Paraíso terrenal, una franja intransferible de felicidad individual que se mantiene a salvo de todas las inclemencias meteorológicas y climáticas que puedan amenazar la tranquilidad y la calma rutinarias duramente conquistadas a base de renuncias y de delegación de competencias (Delumeau 1992).

La profesionalización de la política o, en todo caso, su práctica por parte de jóvenes inexpertos, ingenuos y desinformados no es más que el resultado de una creencia en que la forma más razonable y útil de gestionar el espacio público es encomendarlo a quienes saben hacerlo; la democracia por delegación, la política interpasiva (que denuncia implícitamente Marina Garcés) son el reflejo de esa privatización de las existencias que tiene rasgos comunes también con la forma de sobreexplotación que se ha venido aplicando a tantas áreas de producción (artesanal, turística, medioambiental, industrial, etc.) bajo la falsa promesa de enriquecimiento y beneficios ilimitados que finalmente han deparado una depauperización general y un modelo de vida insostenible (como sucede con las comunidades indígenas, por ejemplo, o con el deterioro de los hábitats tradicionales de vida que al desaparecer obligan a migraciones masivas y a nuevos e interminables procesos de pobreza, malestar, marginación e injusticia).

El paralelismo entre las diferentes formas de alienación o extrañamiento con las que la delegación de responsabilidades políticas ha conseguido hacer de los propios seres humanos unos objetos o mercancías de sí mismos nos enfrenta al hecho de que en diferentes grados y niveles nos encontramos ante nuevos formatos de esclavitud, pero sobre todo interesa percatarse de cómo se está desarrollando en este momento histórico la perversa manipulación con que actúan determinados sistemas de (des)información, en especial, los utensilios o aplicaciones y herramientas tecnológicas que han mermado nuestra capacidad de usarlos y dominarlos, pasando a ser unos meros títeres que suministramos datos y todo tipo de información personal a los *big data* con los que se nos maneja, manipula y domina. Así lo analizaba y denunciaba Marina Garcés (2021, 38):

Vivimos en el mundo como si no estuviéramos en él, o no formáramos parte de él. El extractivismo de la atención no nos hace más implicados, más bien al revés. Puede parecer una contradicción, pues cuanto más atentos más implicados deberíamos estar. Pero en realidad la extracción, como ocurre con cualquier otro recurso, funciona en una sola dirección. Quizá consumimos más información, o más comunicación, o más mercancías tanto materiales como simbólicas, pero los patrones de relación son siempre unidireccionales y estándares.

En el análisis de los males que aquejan a las sociedades democráticas contemporáneas, resulta interesante observar cómo se aplican en paralelo las técnicas de producción masiva, que esquilman los bienes colectivos,⁶ de modo que la terapia de reparación social deberá partir, en opinión de Marina Garcés (2020), de un redescubrimiento de los valores más sencillos, de las actividades creativas más simples y comunes (algo parecido a lo que ella misma experimentó al empezar a aprender a tocar el piano, experiencia satisfactoria y no finalista, buscada solo por el placer de ampliar sus posibilidades de goce y disfrute del tiempo libre que está en el fondo y en el origen de su libro *Escuela de aprendices*, puesto que de algún modo todos estamos siempre aprendiendo algo, incluso cuando enseñamos, tal como se deduce también de su “Carta a los estudiantes”).

El hecho de que en este momento histórico nuestros sentidos y nuestra capacidad de atención se encuentren constantemente bombardeados por novedades sin fin y por mensajes de diversa procedencia que nos impiden reflexionar y profundizar en cada momento se traslada a un tipo de con-vivencia social que es cada vez más superficial, más utilitarista, basada en la satisfacción de necesidades perentorias y probablemente prescindibles y aleatorias; esa configuración de la estructura de pensamiento (millones de personas interconectadas a impulsos constantes de información banal e intrascendente en forma de vídeos, memes, mensajes o bailes que resaltan solo la faceta más superficial, egocéntrica y efectista de la existencia) tiene como consecuencia más inmediata la frivolidad de las relaciones humanas, al tiempo que incide en el carácter meramente pasivo, receptor y escasamente creativo de nuestra participación en la comunidad.

El papel de agentes pasivos (repárese en el oxímoron de la propuesta que esta sociedad tecnológica nos plantea) nos aísla progresivamente en un falso mundo de apariencias individuales (una renovada caverna platónica), donde los problemas ajenos no solo no interesan sino que parecen no existir, lo que acaba demoliendo la estructura de la comunidad y la necesidad de la política, algo que las redes sociales (con sus algoritmos de disgregación y de confirmación de pre-juicios individuales) acentúan al servirnos y facilitarnos especial o únicamente aquella información que se adecua o aviene a nuestras creencias previas, sin capacidad de confrontación con las ideas y las observaciones del mundo que no interesan a su hipotético receptor.

Consciente de esta progresiva atomización individualizadora que las tendencias tecnológicas han conseguido crear, Marina Garcés (2018, 136) se preguntaba “¿(q)ué relación podemos tener con lo que les sucede a otros?”, para responder a renglón seguido: “La privatización de la existencia y el individualismo de nuestra sociedad nos ha[n] hecho incapaces de percibir los problemas de otros como propios”.

La articulación de una respuesta amplia, sistemática y coherente, por parte de nuestra autora, a esta realidad que se ha instalado en nuestro entorno social, pasa por la incertidumbre y la extrañeza sobre el papel de la filosofía y de la política en la re-solución de los males diagnosticados; si ya no se producen mecanismos empáticos de cooperación entre los ciudadanos, si el afán comunitario de la *polis* ha desaparecido, ¿qué función toca desempeñar a quienes siguen pensando sobre la realidad social? La desconfianza que la

⁶ Paul B. Preciado (2022, 22) -coincide en la propuesta de acción colectiva como salida a este estado de cosas: “Las disciplinas modernas como la psicología o la psiquiatría y la farmacología normativa, que trabajan y comercian con el dolor psíquico, deben ser desplazadas por prácticas colectivas experimentales que sean capaces de elaborar y reducir el dolor epistémico. El arte, el activismo y la filosofía poseen esta capacidad”.

autora tiene sobre esta posibilidad de modificar la realidad quedó puesta de manifiesto cuando ella misma se preguntó por el papel subsidiario del arte, la filosofía, el pensamiento, con respecto a la posibilidad de reconstruir el viejo edificio de la participación comunitaria en un proyecto conjunto, el de la sociedad que es capaz de decidir y de aunar los sentimientos colectivos de todos sus miembros. De ahí que, como en tantas otras ocasiones a lo largo de la obra garcesiana, no se encuentren respuestas y certezas sino una serie de preguntas que nos inquietan y nos vuelven a enfrentar a los interrogantes primigenios de la filosofía política actualizados porque es preciso saber para qué sirve la actuación del filósofo en nuestra sociedad, la reflexión del intelectual, el activismo del artista, tal vez como un sucedáneo que esconde la imposibilidad de transformar y mejorar las relaciones sociales en su conjunto.

Esa sensación de que el pensamiento filosófico es un trampantojo, un engaño, una quimera, que de algún modo justifica al poder en sus desmanes, es la preocupación que inquieta a Marina Garcés (2013ac, 71) cuando se pregunta (y no de forma retórica precisamente):

¿No estaremos desempeñando una función terapéutica de bajo coste? Es decir, ¿no estaremos abriendo cauces de aparente participación democrática de la ciudadanía allí donde las instancias políticas ya no pueden llegar? ¿Qué juego conflictivo de expectativas se abre ahí?

La necesidad de ir un paso más allá, de avanzar para que el espacio público se entienda como una esfera que compromete a los participantes, es la que ha guiado desde un principio la reflexión de Marina Garcés desde unos postulados éticos que han ido desentrañando y analizando paso a paso las bases de la participación ciudadana en la toma de decisiones, con la carga emocional y vital que ello conlleva para quien asume la responsabilidad de intervenir en la vida pública “poniendo el cuerpo”, comprometiéndose en cuerpo y alma, con sus ideas pero también con sus acciones, encarnando las teorías y asumiendo retos ideológicos en una sociedad acostumbrada a suministrarse todo tipo de productos pre-fabricados, estandarizados, prototípicos, organizados y dispuestos en el gran mercado de lo que no nos incumbe, porque proviene de muy lejos y en lo que no podemos influir ni interferir. Por este motivo, la respuesta debe ser radical y afectar por completo al individuo para que su transformación sea plena y resulte factible: en esta radicalidad estriba la propuesta del compromiso que se presenta como alternativa al modelo actual de la sociedad y la historia como procesos inmutables, sobre los que los individuos no parecen poder influir ni ser capaces de modificar.

8. EL COMPROMISO

En la concepción política del ser humano, la obra de Marina Garcés apuesta desde un principio por una actitud comprometida, enraizada en y con la solución de los problemas, pero sobre todo ese concepto de la promesa ha derivado en el enunciado que recorre su último libro publicado hasta el momento (Garcés 2023): los seres humanos basamos el compromiso en la palabra dada, en la promesa como una forma de esperanza hacia el futuro, de implicación en la tarea de transformar el mundo, de que el porvenir se parezca a lo que hemos pretendido y deseado:

Prometer es una acción que se hace con la palabra y que, de la nada, hace nacer un vínculo y un compromiso capaces de atravesar el tiempo y reunir, en una sola declaración, pasado, presente y futuro. (Garcés 2023, 10-11)

La actividad intelectual, tradicionalmente considerada en su aspecto pasivo, como una mera observación, no resulta suficiente para poner en marcha ese viejo precepto marxiano contenido en la famosa undécima tesis contra Feuerbach, según la cual los filósofos (que hasta ese momento se habían dedicado a contemplar el mundo) deben intentar transformarlo. A partir de una raíz “intervencionista” en la realidad, el camino seguido por Garcés apela a una creación común del mundo, basada en un salto fundamental que el individuo, cada individuo, debe dar para dejar de preocuparse por sus problemas particulares e interesarse, implicarse, comprometerse en una solución (participativa, comprometida) de los problemas que nos afectan socialmente. El primer paso para ello consiste en salir de sí mismo (un “éx-tasis” místico, en pura regla) y al mismo tiempo en entender el producto resultante (la sociedad, la polis) como algo diferente a la suma de partes: “poner el yo en plural nos hace entrar en el mundo o hace entrar el mundo en nosotros. Del yo al nosotros no hay una suma, sino una operación de coimplicación” (Garcés 2013ac, 34).

La propuesta garcesiana, no exenta de misticismo (y, por qué no decirlo, de cierta poesía), se asemeja a la construcción que tuvo lugar en la ideación clásica de la polis: el paso de la naturaleza a la comunidad espiritual de los humanos que se salvan y se sienten protegidos por ese nuevo ente surgido de una voluntad común, de una creencia colectiva que les exige un firme compromiso recíproco. Eso que los filósofos y pensadores griegos llamaron polis (algo tan original y seminal en la historia de la Humanidad que aún hoy sigue intrigando y siendo motivo de análisis para diferentes investigadores en ciencia política) es a lo que Garcés se refiere como un mundo, con ese proceso significativo (que va más allá del juego de palabras) por el que entrar en él no deja indiferente al individuo, lo transforma, puesto que también impone sus reglas en la mente de quien acepta “in-corporarse” a él, es decir, dar su cuerpo al nuevo proyecto, entregarse en cuerpo y alma, puesto que solo en esa existencia comunitaria es posible material y legalmente realizarse.

Para llegar al compromiso, a la interrelación de los individuos en el momento actual, no basta con la contemplación teórica sino que es precisa la aceptación de un reto participativo, comunitario, motivo por el que para Marina Garcés resulta fundamental la pregunta sobre cómo se produce ese salto del yo al nos-otros a la que nos referíamos con anterioridad, puesto que la constitución ontológica de la comunidad es la clave de una acción transformadora, que comienza por modificar al propio individuo que participa en ese movimiento de cambio social, que trasciende los rígidos y estrechos márgenes del parlamentarismo, por ejemplo, y de la política de partidos sobre cuyos ejes se cimenta la democracia contemporánea: esta crítica soterrada a la política representativa, vicaria, delegada, está en la base del pensamiento garcesiano sobre la construcción de un sujeto colectivo, comunal, llamado “nosotros”, que no se conforma ni con votar para elegir a sus representantes ni puede hacer de ese acto de delegación un ejercicio político. Por eso es preciso sobrepasar el concepto de participación en la vida pública (como el agente pasivo que se deja guiar) para sentirse afectado, implicado en el proceso de toma de decisiones, lo que Garcés (2013ac, 84) resumía en este programa de actuación: “No se trata hoy de pensar cómo hacer participar (al espectador, al ciudadano, al niño...) sino de cómo implicarnos. La mirada involucrada ni es distante, ni está aislada en el consumo de su pasividad”.

En la base de este proyecto crítico de acción política que sustenta la obra filosófica de Marina Garcés está la consideración de que el sistema político contemporáneo contempla al ciudadano como agente pasivo: comprador, receptor, espectador, consumidor al fin y al cabo de lo que se le ofrece, y en ese sentido está minusvalorado: no es casual que en la tríada del texto que acabamos de citar el tercer elemento, con el que se cierra la enumeración de participantes, se aluda a la minoría de edad con la que se confunde al ciudadano que se conforma con participar en la vida pública como si esta fuese un ente separado, algo ajeno, una circunstancia que no le pertenece (y, que por su minoría de edad, tampoco entiende).

Por este motivo, Garcés traza un plan de acción que consiste en apropiarse la política, el mundo, la sociedad, en hacer de los problemas ajenos un motivo de rebeldía; para ello, en primer lugar es necesario denunciar el *anestesiamiento* a que somos sometidos, en la creencia de que la delegación de nuestra voluntad a través del voto es el culmen de la democracia, de ahí que se manifieste contra la política como un ejercicio participativo⁷ y postula la necesidad, la obligación, de ir más allá, implicándose, esto es, apropiándonos de (haciendo nuestros) los problemas comunes.

El significado de ese proceso apropiativo, de implicación, tiene una dimensión plural y diversa que abarca aspectos de la vida social, cultural, científica, ética y política de los miembros de la sociedad y por tanto tiene una relación patente con las cuestiones tecnológicas que condicionan la manera en que nos relacionamos con nuestros semejantes.

La filosofía política que postula Marina Garcés se ve atraída por múltiples ámbitos y sectores en los que se reproduce su pensamiento y se concreta hasta el momento en su interés por el arte como forma de expresión, por la educación como centro de la transmisión de las conquistas humanas y las transformaciones por llevar a cabo, por la ciudad como el lugar en el que se materializa la relación de los individuos, como si la pérdida del espacio físico que dio lugar a la política pudiese suponer, en el futuro, una amenaza para la capacidad de llevar a cabo la acción humana propiamente dicha.

En el texto colectivo de Bueno, Casanovas, Garcés y Villalta (2019, 61) no deja de hacerse referencia al papel determinante que en la configuración del espacio urbano tendrá esta co-participación en la que no se delega en otros agentes la toma de decisiones sobre los aspectos que afectan a la propia existencia:

The competitiveness of Smart Cities therefore also depends on the sustainable and socially acceptable implementation of information and communication technologies, and on social and environmental capital. Sustainability and inclusiveness are fundamental components of this worldview, as is the need for the people to co-participate in decision-making.

Si existe un ámbito donde las relaciones, diferentes e incluso antagónicas, de participación no alteran necesariamente la convivencia sino que la enriquecen es el cultural, que en la propuesta garcesiana acaba convirtiéndose en modelo de una hipotética gestión de la actividad comunitaria, en tanto que “[e]n el ámbito de lo cultural, cada uno encuentra su

⁷ En palabras de la propia Garcés (2013a, 58), “[p]articipar, como en el ejercicio del voto, es ser contado sin contar para nadie”.

lugar para participar de lo social, a través del consumo de productos, de tiempo y de acontecimientos, y sin entrar en conflicto con los demás” (Garcés 2013c, 57). ¿Significará esto que las formas de participación política podrían empezar a asemejarse a determinados tipos de agrupaciones (como los coros de música) donde no solo hay una diferenciación de funciones que no conllevan una primacía ni un liderazgo, sino que además el disfrute es compartido y la actividad es placentera y tiene como único objetivo o finalidad la satisfacción de todos y cada uno de los integrantes y participantes del grupo?

La extensa obra filosófica, académica y ensayística de Marina Garcés plantea, desde sus orígenes, un espíritu colectivista, rebelde y reivindicativo, preocupado por la teorización fenomenológica de esos acontecimientos grupales que marcan un cambio de rumbo en el devenir de la historia; esa forma de acercarse a determinados problemas se asemeja mucho a la voz baja con que parece dirigirse a sus lectores, sin grandes palabras o conceptos, buscando que el ejercicio filosófico esté a ras de suelo. La fascinación que su pensamiento está provocando en el ámbito hispánico tiene mucho que ver con esa orientación no necesariamente sociológica hacia el día a día de la sociedad, de una sociedad que está formada por grupos capaces de tomar sus propias decisiones.

No se nos escapa que, generacionalmente, Marina Garcés representa esa búsqueda que la izquierda europea hace del ideal y de la utopía en el momento de la desaparición y la desorientación que supuso el final del marxismo como horizonte, a raíz de la caída estrepitosa del bloque socialista representado por la Unión Soviética. De los cascotes y escombros de aquella fantasmagoría, desde los márgenes o la periferia de un país poco acostumbrado al pensamiento filosófico y dentro de ese país marginal, en el epicentro de una comunidad bilingüe y con el estigma del conflicto nacional(ista) que va fraguándose en Cataluña en paralelo a tres hechos de muy diferente naturaleza, pero sin los cuales resulta imposible entender e interpretar el ambiente en que se desenvuelve, desarrolla y eclosiona el pensamiento de Marina Garcés:

1. las protestas y movilizaciones del 15M,⁸ que cristalizan (como movimiento de protesta sociopolítico intergeneracional contra el sistema político establecido (con el uso en las acampadas del lema “No nos representan”) en el paradójico surgimiento de un partido político, Podemos, que en menos de una década (y hasta su reciente descomposición) pasó de no existir a ser miembro del primer gobierno de coalición en la época democrática de la España postfranquista;
2. las demandas de independencia que se produjeron en Cataluña en forma de manifestaciones masivas y peticiones de referéndum de independencia, que llegan a producirse, a espaldas del ordenamiento jurídico español, abriendo de esa manera un escenario político totalmente diferente al que existía unas décadas atrás;
3. pero sin duda el hecho más relevante para encuadrar la práctica reflexiva de Marina Garcés va a ser la transformación de su ciudad natal, Barcelona, en una marca, en un símbolo del turismo desmedido, de la globalización, de nuevas formas de la mal llamada economía colaborativa, de la destrucción de los vínculos vecinales y de las relaciones ciudadanas con la aparición del modelo de ciudad en el que vivimos y al

⁸ La propia Garcés (2018, 39) se refería con estas palabras a lo que supuso la participación en este movimiento: “[L]a posibilidad real de estar juntos sin necesidad de una identidad reconocida, de una organización dirigente y de unas demandas y reivindicaciones concretas era precisamente lo que habíamos aprendido en los márgenes y con el 15M se convirtió en el lenguaje y en el territorio comunes”.

que nos vemos abocados: edificios idénticos de vidrio y acero en calles pensadas para el turismo y el comercio, con franquicias de cadenas establecidas en todo el planeta, por lo que caminar por el centro de Barcelona se parece a estar en Londres o en Moscú, puesto que las estructuras urbanas que se habían ido formando lentamente durante siglos han sido igualadas miméticamente, anulando sus especificidades.

Conscientes de estas coordenadas en las que se inscribe la actuación, la reflexión y el pensamiento de Marina Garcés, no podemos eludir la importancia que estos elementos tienen en la solución que la propia filósofa da al asunto de la participación cívica en la vida política, en consonancia con lo que ella misma ha postulado en alguna ocasión sobre la posición o el posicionamiento como punto de partida para dar veracidad a la actitud filosófica: “En primer lugar, para la filosofía no hay neutralidad del lugar de enunciación. Quien piensa, quien escribe, está implicado y directamente interesado en lo que necesita pensar” (Garcés 2013b, 32). El aquí y ahora en el que se enmarca el pensamiento garcesiano está no solo influido por los rasgos de la globalización posmoderna sino también por los residuos utopistas e identitarios que desde el siglo XVIII han ido guiando el progresismo bajo uno de los enunciados revolucionarios que aún resuena desde la Francia de 1789: nos referimos a la fraternidad, al espíritu altruista, colaborativo y solidario con el que se afrontan los retos políticos en la izquierda política en constante revisión.

En esos años en que en las plazas de España, con el símbolo de la acampada en la Puerta del Sol de Madrid bajo la denominación del 15M, se está viviendo un resurgir utópico de reivindicaciones que había incentivado la crisis económica causada por el estallido de la burbuja inmobiliaria en 2008, la preocupación de Marina Garcés en sus escritos está más enfocada precisamente a esta perspectiva de la actuación política común, no basada en líderes ocasionales, en guías mesiánicos ni en recetas mágicas sino en el valor de la lucha grupal y de un horizonte marcado por viejos lemas de acción/reacción que necesitan ser actualizados. En los escritos publicados por Marina Garcés en el año 2013 aborda de forma reiterada este asunto de la necesidad de ir más allá de la mera participación política, entendida como compromiso, para apostar por la necesidad de implicación (tan relacionada con su expresión “poner el cuerpo”), lo que sintetiza en estas pocas palabras: “[N]o nos corresponde ya comprometernos con las causas del mundo sino implicarnos en él” (Garcés 2013c, 54).

9. UNA RESPUESTA CONTEMPORÁNEA

De la lectura del *corpus* teórico elaborado por Marina Garcés a lo largo de estos años, en los que ha alternado la escritura académica con la participación en actividades de promoción del pensamiento filosófico, social, artístico, siempre queda una sensación de coherencia entre las diferentes partes que constituyen su poliédrico sistema de expresión, a lo que se suma, en el fondo, un principio de carácter ético que podríamos cifrar en el intento de pensar congruentemente con su posición en el mundo, no dejar de buscar ese equilibrio entre la vida personal, el compromiso social y la reflexión intelectual. En uno de sus primeros escritos (Garcés 2010b, 207) encontramos esa declaración de principios por la que se ha ido guiando todo este tiempo, en la que entendemos que hable de sí misma cuando no solo habla de la tarea del filósofo, del pensador, del intelectual sino también del ciudadano, del individuo, del miembro de una sociedad, al tiempo que relaciona esa tarea con la necesidad de ir más allá de un mero apoyo testimonial a las causas políticas, por

ejemplo, sino interferir en ellas con su propio cuerpo, con su implicación personal, poniendo parte de sí misma. Estas eran sus palabras:

Ser honesto con lo real, por tanto, no es mantenerse fiel a los propios principios. Es exponerse e implicarse. Exponerse e implicarse son formas de violentar la realidad que los cauces democráticos de la participación y la libertad de elección neutralizan constantemente en todos los ámbitos de la vida de nuestras sociedades. (Garcés 2010b, 207)

Si nos detenemos en esta lectura crítica que Garcés hace de las imperfecciones de los sistemas democráticos de participación o representación delegada, atisbamos la vía por la que va a desarrollar su propuesta de actuación ideológica (es decir, intelectual y política al mismo tiempo): el acceso al conocimiento y a la realidad tiene que ir más allá de una formulación teórica, vale decir ideológica, para introducirse en el propio individuo e impulsarlo a transformar esa realidad, frente a las prácticas de obediencia, aceptación y resignación que nos impone la cultura política contemporánea. Frente a esa pasividad con que se entiende la participación política por la mayoría de los ciudadanos en una sociedad democrática, la propuesta de Garcés consiste en interactuar con la realidad, como un artista transforma los objetos que maneja (sonidos, palabras, barro, colores, mármol, lana, movimientos...) inspirándose en la realidad para ofrecernos una visión más profunda de la misma. Esa idea la expuso de una manera más evidente unos años después, aunque utilizando la misma expresión sobre lo que significa acercarse a la realidad con la finalidad de transformarla; pero en esta ocasión sí que se refiere directamente a las expresiones artísticas, aunque siga basándose en la idea de la implicación que viene usando en su análisis de la actividad política:

La honestidad con lo real es la virtud que define la fuerza material de un arte implicado en su tiempo. La honestidad con lo real no se define por sus temas, por sus procesos ni por sus lugares, sino por la fuerza de su implicación y por sus anhelos. (Garcés 2013c, 50)

No es casual que el arte, la visión artística, entendida en su sentido primigenio, no solo de técnica sino también de creación (*poiesis*), haya sido utilizada en alguno de sus textos por Garcés para intentar interpretar la historia del pensamiento filosófico a través de una manifestación artística como la danza, para deducir cómo las ideas son recibidas en una sociedad:

Siguiendo las pistas coreográficas de algunos textos clave de la filosofía occidental, nos acercaremos a cuatro movimientos posibles de esta coreografía del estudio y a las relaciones que tejen entre sí: la admiración, la desviación, la revisión y la implicación. (Garcés 2021, 29)

La analogía o la metáfora utilizada aquí tiene una finalidad que va más allá de la creación de una imagen que permita entender mejor las ideas (entre las que, como veremos más adelante, el último paso es precisamente la implicación); en último extremo, solo el cuerpo en movimiento (parece decirnos la autora), al ritmo de una música interna que va dirigiendo los pasos, el cuerpo que acciona y reacciona es capaz de implicarse en aquello que inicialmente ha admirado: la sorpresa inicial de un pensamiento, de una idea, no sirve solo para ser revisada, sino que tiene que ser asumida por el pensador que ejecuta ese salto en el vacío que significa una propuesta de actuación: estos son los riesgos del intelectual en

nuestra época, los que tienen que ver con su ubicación en el mundo real, al que llega desde una intuición que lo mueve, lo impulsa, lo empuja.

En el fondo de la propuesta de análisis que a lo largo de su carrera ha venido realizando Garcés se encuentra una lectura de las tesis foucaultianas sobre la biopolítica (o lo que más recientemente Paul B. Preciado [2022], con quien tantas similitudes y concomitancias presentan las tesis de Garcés, ha denominado *necrobiopolítica*).⁹ Para Garcés (2013a, 570), esa falta de vitalidad (por envejecimiento, por necrosis, por inmovilismo, por desinterés...) que muestran los sistemas de representación política acaba invadiendo a los agentes sociales, los asimila en esa incapacidad para representar una alternativa y para proponer un verdadero cambio:

Una sociedad políticamente muerta, en estado de ‘humanidad petrificada’, es aquella en la que cualquier tipo de participación, aunque sea en la oposición, nos incorpora en esa misma muerte, en ese mismo simulacro de vitalidad política que solo hace acrecentar la nada.

La perspectiva que tiene Marina Garcés sobre la práctica política, coincidiendo con el momento al que nos referíamos más arriba (la crisis económica que afectó a la confianza en las instituciones políticas y movilizó a los ciudadanos en actos pacíficos de protesta que podrían interpretarse como movilizaciones en defensa propia, claramente simbolizados por las asociaciones antidesahucio tras el alarmante aumento de personas afectadas por el impago de las hipotecas) viene a desacreditar el modelo de delegación y representación porque este modelo supone una especie de política profiláctica, profesionalizada, fríamente medida y adaptada al esquema de compraventa impuesto por el sistema de mercado capitalista; ese modelo desapasionado y distante, en el que la política se ejerce profesionalmente en un horario convenido, sin implicación, sin la cercanía y la pasión que exige de quien se entrega a un proyecto, es el modelo que ha deshumanizado muchas de las relaciones sociales y las ha sustituido por una abundancia de productos intercambiables en el expositor de un supermercado, lo que hace aún más evidente las similitudes entre el comprador que elige un producto, paga por él y exige su eficacia, con el votante que delega en los organismos y mecanismos políticos que solucionarán de forma impecable los problemas sin mostrar ningún tipo de sentimiento ni compasión o conmoción ante los dramas humanos que ello pueda suponer; y en esta tríada, el ciudadano comprador-elector-espectador será una mera figura pasiva que se tapaná los ojos cuando la sensibilidad de una escena lo exija, cuando una razón de Estado obligue a otros (a los profesionales, a los representantes elegidos por delegación) a tomar decisiones desagradables que van desde desahuciar a una familia morosa, a expulsar a un migrante sin permiso de residencia o a bombardear a la población civil de otro país cuyos dirigentes suponen una amenaza para nuestros supuestos intereses colectivos.

Deudora en gran medida de los movimientos ecopacifistas que protagonizaron los movimientos sociales de la izquierda europea al final de la Guerra Fría, en las décadas de los 80 y 90 del siglo pasado, Marina Garcés representa ese rescoldo todavía vivo de un pensamiento radical (por su exigencia de coherencia con sus propios principios, con su raíz) como la utópica reivindicación ilustrada de una comunidad humana global, pacífica, dialogante, regida por el debate, el acuerdo y la búsqueda del bien común; por ello, en el

⁹ Preciado (2022, 28) define la necropolítica como la “gestión de algunos cuerpos a través de violencia, exclusión y muerte”.

discurso de Marina Garcés el mundo (en) común se convierte en un eje fundamental y en un objetivo al que debe dirigirse cualquier pretensión política, partiendo de la implicación total de cada individuo en su consecución, puesto que de otra forma el objetivo sería inalcanzable; pero este objetivo, obviamente, se enfrenta a un sinfín de obstáculos, dificultades y contratiempos, entre ellos el feroz individualismo cultural en el que hemos crecido y hemos sido educados y que supone la mayor cortapisa para la generosidad extrema y el altruismo de la anulación personal en pro del bien común:

No se trata de explicar mi acceso al otro sino nuestra implicación en un mundo común. La comunicación entre conciencias cede su lugar a la necesidad de explicar una co-implicación o un co-funcionamiento para el que la unidad sustancial del sujeto o del individuo ha sido históricamente un obstáculo. (Garcés 2013c, 98)

10. CONCLUSIONES

Para Marina Garcés, la insuficiencia de la política tal como la conocemos (y como se ha conocido a lo largo de la historia) no la invalida como una práctica comunitaria transformadora del mundo en que vivimos, pues en su esencia el diálogo y sobre todo la cooperación son los instrumentos más válidos socialmente para ese acceso al mundo (en) común que la filósofa postula. Por ello, como hemos venido analizando a lo largo de estas páginas, el horizonte de expectativas que Marina Garcés marca se encuentra en la superación de la fase de participación en la política por parte de los ciudadanos para adentrarse en comunidades implicadas, una propuesta que hunde sus raíces en el análisis de la sociedad y el momento en que ella misma ha desarrollado su pensamiento: una época personal marcada por la transformación de su ciudad, que dejó de ser un ámbito de encuentro y vida para convertirse en un símbolo del turismo internacional, aunque en ella todavía es posible la resistencia, la actuación de grupos y colectivos que luchan en pro de objetivos concretos.

La teoría filosófica de acción política postulada por Garcés perfila todo un programa de denuncia contra la pasividad en la que la democracia representativa se ha instalado, en una zona de confort peligrosa para la vitalidad de los propios resortes democráticos y opta por proponer una reapropiación de la existencia, es decir, que los ciudadanos volvamos a ser dueños de nuestras propias decisiones para frenar el individualismo extremo que representa el capitalismo salvaje, que ha acabado equiparando los procesos de participación política con los mecanismos del mercado, puesto que en ambos casos son las elecciones (de partido o de marca comercial, de representantes públicos o de productos de consumo, de voto o de compra en definitiva) las que nos abocan a una pasividad letal que nos arrebatara las riendas de nuestro propio camino y de la existencia.

Todo el programa de actuación que, en este sentido, va desarrollando en su obra Marina Garcés no solo se funda en la convicción profunda de que son las prácticas filosófica (por su actitud crítica y reflexiva), educativa (por su capacidad para transmitir el conocimiento adquirido y la capacidad de análisis) y artística (por su visión renovadora y profunda de la vida) las que permitirán que los individuos pongamos freno a los riesgos de la sociedad contemporánea y no dejemos en otras manos la toma de decisiones vitales, no solo para nuestro futuro sino para nuestra supervivencia como especie. En esta apremiante tarea, la

actividad filosófica se revela clave puesto que será el conocimiento el que empodere a los ciudadanos, como refleja este texto que Marina Garcés redactó (o suscribió) junto con Bueno, Casanovas y Vilalta (2019, 55):

Divuligation therefore reduces the distance between academic knowledge made by and for academics and the kind of knowledge possessed by the general public, which for us implies the essential need to socialise the knowledge that the members of society need in order to become implicated in equal rights and be able to make the decisions that affect them.

El regreso a los principios de la Ilustración (como reclamaba en su libro más divulgado, *Nueva Ilustración radical*) es manifiesto en esa equiparación que Garcés hace de igualdad entre los individuos y fraternidad (o sororidad, o simplemente solidaridad) a través especialmente de la palabra (el lenguaje) que nos une y nos permite prometer y comprometernos. Por ello, solo el compromiso del ciudadano con el resto de la comunidad (un compromiso que vincula las decisiones del presente no solo con el futuro sino también con los antepasados, con los orígenes, con las tradiciones) será capaz de superar los desafíos que nos plantea la política en la actualidad, con los peligros del populismo y del totalitarismo que no vienen sino a consumir el desinterés por lo público propiciado por la pasividad a la que ha acostumbrado la delegación y la representatividad.

Referencias

Bassas, J., 2019. *Jacques Rancière: Ensayar la igualdad*. Barcelona: Gedisa.

Bueno, D., y Casanovas, J., 2019. *Marina Garcés y Josep M. Vilalta*. “Editor’s Introduction: Changes and Challenges that Require a Different Approach to the Relationship between Science, Technology and Humanities”, GUNI-ACUP Global University Network for Innovation, pp. 49-68.

Castany Pardo, B., 2020. Una introducción al pensamiento de Marina Garcés. *Cartaphilus. Revista de investigación y crítica estética* [en línea], n.º 18, 68-121. Disponible en: <https://doi.org/10.6018/cartaphilus.463151>

Delumeau, J., 1992. *Une histoire du paradis. Le jardin des délices*. París: Librairie Arthème Fayard.

Garcés, M., 2006. Entre nosotros. *Espai en blanc* [en línea], n.º 1-2. Disponible en: http://espaienblanc.net/?page_id=552

Garcés, M., 2010. La honestidad con lo real. En: Á. de los Ángeles, ed., *El arte en cuestión. ¿Funcionalidad o banalidad?*, Valencia, 205-216.

Garcés, M., 2013a. El “comunismo de pensamiento” de Maurice Blanchot. Una lectura desde sus *Escritos políticos. Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política* [en línea], n.º 49, 567-581. Disponible en: <https://doi.org/10.3989/isegoria.2013.049.11>

- Garcés, M., 2013b. La estandarización de la escritura. La asfixia del pensamiento filosófico en la academia actual. *Athenea Digital* [en línea], 13(1), 29-41. Disponible en: <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v13n1.1039>
- Garcés, M., 2013c. *Un mundo común*. Barcelona: Bellaterra.
- Garcés, M., 2015. *Filosofía inacabada*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Garcés, M., 2017. *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama.
- Garcés, M., 2018. *Ciudad Princesa*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Garcés, M., 2020. *Escuela de aprendices*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Garcés, M., 2021. Coreografía del estudio. *En*: J. Larrosa y M. Venceslao, eds., *De estudiosos y estudiantes*. Edicions de la Universitat de Barcelona, 29-40
- Garcés, M., 2022. *Malas compañías*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Garcés, M., 2023. *El tiempo de la promesa*. Barcelona: Anagrama.
- Garcés, M., *et al.*, 2022. Reconstruir un mundo en el que valga la pena vivir: experiencias para la emancipación y la transformación desde la escuela. *Revista Izquierdas* [en línea], 51. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8361343>
- Hessel, S., 2011. *¡Indignaos! Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*. Barcelona: Destino.
- Labatut, B., 2021. *La piedra de la locura*. Barcelona: Anagrama.
- Llevadot, L., 2018. *Jacques Derrida: Democracia y soberanía*. Barcelona: Gedisa.
- Muñoz Molina, A., 2016. *Todo lo que era sólido*. Barcelona: Seix-Barral.
- Preciado, P.B., 2022. *Dysphoria mundi. El sonido del mundo derrumbándose*. Barcelona: Anagrama.
- Sampedro, J.L., 2011. Prólogo. *En*: S. Hessel, *¡Indignaos! Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*. Barcelona: Destino, 9-12.